Un círculo de deseo: los romances nacionales en América Latina*

Doris Sommer
(Universidad de Harvard)

Resumen

La autora muestra las diversas complicidades que se tejen entre el género literario novelístico, el nacionalismo y los procesos de construcción nacional en los países de América Latina. ¿Por qué las novelas nacionales y promovidas por el Estado para nacionalizar sus heterogéneas poblaciones suelen versar sobre el amor romántico? A través de un análisis innovador, basado en la obra de Foucault, la teoría feminista, el psicoanálisis y la nueva narratología, este artículo muestra el nacimiento de una suerte de erótica de la política nacional en América Latina. Sommer muestra la utilidad de su marco teórico para estudiar no solo a los clásicos del siglo XIX de la literatura latinoamericana, sino asimismo a los más recientes autores del *boom*.

Palabras Clave: romance - novela - literatura latinoamericana - nacionalismo

Summary

The author shows the various complicities of the literary genre of romance with nationalism and processes of nation building in Latin America, in fact national novels are usually romantic novels. Trough an innovative analysis based on the work of Foucault, feminist theory, psychoanalysis and recent narratology, this paper shows the main issues at stake at the development of a *erotics of national politics* peculiar to Latin America nation formation. Sommer tries and manages with success to demonstrate the usefulness of her illuminating theoretical framework to cope with the nineteenth classics of Latin America literature and the late twentieth century.

Key-Words: romance - novel - latinamerican literature - nationalism

* Traducción: Laura Laissaque.

Un círculo de deseo

"Tener relaciones" es sinónimo de "comerciar", nos dijeron en la escuela; y nosotros reímos nerviosamente ante la explosiva palabra que se disparó en más de una dirección. Pero la confusión es más que sólo una broma consistente en referentes equivocados o en alusiones metafóricas al contacto íntimo y al intercambio movido por intereses. Es una maraña de sexo productivo y asuntos comerciales que revelan una adyacencia de prácticas y que equivalen a la modernidad. En un círculo metaléptico de causa y efecto, el deseo moderno por formar una familia y por gozar de buena salud parecieron animar esas prácticas, y ayudaron a formar el tipo de sujeto moderno que los anheló. La circularidad ilustra lo que dijo Nietzsche acerca de la ficción de amarras empíricas (279-80). Las amarras se inventaron solas, para generar una ilusión de estabilidad. Esto es lo que sucedió a comienzos de la modernidad europea, tal como lo muestra Mary Poovey en *A History of the Modern Facts* (*Historia de los hechos modernos*): la verdad asentada en hechos empíricos resulta ser un efecto metaléptico de la ficción del siglo XVII de precisa contabilidad, una compensación retórica de cifras que no lograban balancear en las precarias condiciones del mercantilismo. Sin embargo, un siglo más tarde, una contabilidad precisa y transparente ya no representaba rendimientos que interpretaran datos irregulares; necesitaba de pruebas de credibilidad económica y cívica[1]. A grandes rasgos, podemos decir que la ficción fundacional que surgió de un emprendimiento honorable es la ley dinámica del deseo por lograr el

[1] "La precisión formal de los libros [contables italianos del siglo XVI y los ingleses del siglo XVII] crearon un efecto de precisión. Aunque no pudiera verificarse la exactitud de los registros iniciales, la precisión formal de los libros hacía que los registros funcionaran *como si* fueran no sólo precisos, sino también exactos. Como paradoja, este efecto tornaba transparente al objeto, *aunque* creara y dependiera de las ficciones que he descripto" (64). "Porque él dio por sentado que el comercio obedecía las leyes, no le incomodó ni un poquito a [Thomas] Mun que las cifras asentadas en los registros aduaneros no siempre sustentaran sus teorías. En verdad, la insuficiencia de esos guarismos –que conformaban uno de los pocos puntos sobre los cuales los tres escritores coincidían– se convirtió en la base de las afirmaciones de Mun sobre pericia mercantil. Para él, la pericia en materia comercial se reducía a la capacidad de *interpretar* números, no de reunir datos a través de la experiencia personal. [...] Los teóricos del siglo XVIII del sistema regido por el mercado, como Adam Smith y David Hume, ridiculizaron al grupo que ellos llamaban "los mercantilistas" por privilegiar un concepto cuyo valor numérico exacto éstos jamás podrían establecer. [...P]ara Thomas Mun, que quería conferir autoridad a los mercaderes y no a los números, la precisión de éstos no era la cuestión decisiva; su objetivo primordial era el de desarrollar un modelo analítico que demostrara su tesis de que alentar el comercio

desarrollo como impulso natural de nuestras vidas personales y colectivas. El eslogan del momento era "laissez-faire".

El deseo de casarse por amor y de iniciar una empresa libre se aprendió en las novelas, entre otros manuales de conducta idealizada, y se convirtió, a un tiempo, en el motor y el resultado de una firme productividad. Es la tácita suposición de proyectos de modernización, y logró su cenit cuando el deseo destronó reyes e instauró repúblicas basadas en lazos de afecto y de interés. Si pasamos de los referentes sentimentales a los económicamente racionales, la maraña de canales modernos del deseo limita, deforma casi todas las actividades, como si ellas y sus intermediarios fueran intercambiables. No es de extrañar que los críticos del capitalismo hayan visto esta tendencia como un campo fértil para el fascismo y su firmeza. Consideremos, por ejemplo, la influyente obra de Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Anti-Oedipus* (*Anti-Edipo)* (1972). El "deseo de la producción" es la primera y omnipresente cuestión que ella nos plantea:

> Está activo en todas partes; por momentos, opera con armonía; en otros momentos, por impulsos. Respira, tiene alma, come. Defeca y hace el amor. Qué error fue haberlo llamado *el* ello. Por todas partes, hay máquinas; máquinas reales, no de mentira: máquinas que impulsan a otras máquinas, máquinas impulsadas por otras máquinas, con todos los enganches y conexiones (1).

El ardor que representó el ataque a la cultura capitalista y la calidez de la reacción del lector –incluido el prefacio de Michel Foucault, de 1977, donde la llamó "un libro sobre ética" (iv)– son señales seguras de un enemigo imponente y conocido. En realidad, el resbaloso deseo de lograr modernidad ha sido incalculablemente productivo, y engendró (entre otras cosas) a los sujetos modernos que pueden desear liberarse de sus limitaciones. Junto con ellos, doy tratamiento, a continuación, a algunos sujetos de irregular modernización y en minoría que hacen acordar a los fanáticos del deseo que deben avanzar con precaución; de lo contrario, sus intereses en la otredad perpetuarán la maraña burguesa de amor y codicia.

Pero los independentistas latinoamericanos del siglo XIX abrazaron la confusión entre el eros y la economía. La máquina compleja y decidida necesitaba de gran energía para liberar a las sociedades coloniales de las distinciones artificiales y de las limitaciones monopólicas de los gobiernos ibéricos. Y si bien podría decirse que Inglaterra y Francia han sido pioneros en la fantasía de relaciones plenamente libres como base de una sociedad productiva y moral, los hábitos del Viejo Mundo aún frustraban todo deseo natural en ellas, mientras que el Nuevo Mundo les prometía un reinado libre (Hannah Arendt

incluso especuló que la práctica norteamericana previó y dictó las fórmulas liberales de John Locke)[2].

"Los franceses dicen: '*l'amour fait rage, et l'argent fait marriage*'. Pero, aquí, el amor forja a ambos, ¡*a la furia* y *al matrimonio*!". Esta chanza, en boca de un personaje cómico en la novela *Martín Rivas* (Chile, 1862) de Alberto Blest Gana, sorprendentemente acierta con la moraleja de su narración y de otras de mediados de siglo (249)[3]. El narrador ha vuelto, hace poco, de una larga estadía en París, y se escandaliza al enterarse de que su inteligente hermana Leonor desea casarse con un hombre de posición social inferior. Su novio es un provinciano, estudiante de abogacía, que administra con admirable eficiencia el banco de su familia. "Este matrimonio no se concretará" es lo que afirma el hermano, en una novela obviamente modelada a imagen y semejanza de la trágica *Rojo y negro* de Stendhal. Otros latinoamericanos también lo supieron; y si bien admiraban los modelos francés e inglés, no los imitaron ciegamente. El estilo de la novela importada se adaptó al efecto de adular a las figuras locales. Entonces, el desorientado petimetre de Santiago se las ingenia –con esta agudeza– para teorizar sobre las principales diferencias ideológicas entre las novelas europeas y latinoamericanas de ese periodo. Es la misma diferencia que existe entre el desarrollo y la disolución que hizo que José Martí advirtiera a los lectores contra las ficciones foráneas (290). En Europa, el amor es destructivo, una amenaza a la armonía y a la prosperidad. El deseo versus el deber es el tema de gran parte de la narrativa aristocrática y, luego, antiburguesa. Pero aquí, en el Nuevo Mundo, según arguye el inquieto hermano, "el deseo se convirtió en el único intermediario de toda felicidad".

Su sorpresa por la limpieza de esa fórmula es comprensible. ¿Qué convenciones europeas lo habrán hecho contemplar esta situación? Además, algunos resultados de esa fórmula apenas se ajustan a las expectativas convencionales, como el tratamiento imparcial de hombres y mujeres, la asertividad continua de las heroínas mientras que los héroes suelen ser remilgados y hasta delicados. Éstas son actitudes imprevistas y hasta tonificantes que pro-

---

era más importante que fijar la tasa de cambio y, al propio tiempo, usar su demostración para promover la interpretación en manos de expertos" (83-84).

[2] "Por el contrario, si Locke, en un famoso pasaje, afirma que: 'Lo que comienza y en verdad constituye cualquier sociedad política no es otra cosa que el consentimiento de una cantidad dada de hombres libres capaces de erigirse en mayoría, para unir y unirse a esa sociedad'; y, luego, llama a este acto el 'comienzo de cualquier gobierno legítimo del mundo', parece, más bien, que estaba más influido por los *hechos y sucesos* de América y, tal vez, en una forma más decisiva, que lo que los fundadores estaban influidos por sus *Tratados Sobre el gobierno Civil*. Locke interpretó este 'compacto originario' en consonancia con la teoría del contrato social vigente en ese momento, como la claudicación de los derechos y facultades en favor del gobierno o de la comunidad; es decir, de ninguna forma como un contrato 'mutuo' sino como un acuerdo en el cual un particular renuncia a su poder y la entrega a una autoridad

vienen de confundir, a propósito, razón con arrobamiento. Sorprendente resulta, también, el hecho de que la fórmula se repita en distintos países. El impulso de un género internacional debido al deseo productivo es una novedad para los historiadores literarios. Las novelas nacionales –las que exigen los gobiernos en las escuelas y que, en la actualidad, se mezclan con las historias patrióticas– parecen variaciones locales sobre un mismo tema. Este fenómeno ha sido difícil de notar porque los libros (en general, escritos durante la generación que vivió entre 1850 y 1880, mientras se consolidaban los estados latinoamericanos), al principio, no viajaban lejos. Más tarde, con la explosión, en la década de 1960 en la narrativa experimental, parecieron ser demasiado simples para los gustos más complejos. Entonces, casi nadie los leía juntos ni formulaba observaciones generales. Pero las similitudes son asombrosas. Para comenzar, todos esos libros son historias de amor.

¿Por qué todas las novelas nacionales y promovidas por el Estado deberían versar sobre el amor romántico? Una respuesta fácil, claro está, es la de que, en América Latina, todas las novelas del siglo XIX eran historias de amor; pero esa respuesta sólo provoca otra pregunta: ¿qué tiene que ver el amor con la necesidad de una educación cívica? En las escuelas públicas, las novelas no se enseñaban de inmediato, salvo, tal vez, en la República Dominicana, donde el *Enriquillo* (1882), de Manuel de Jesús Galván, apareció un tanto tarde y donde la pequeña cantidad de estudiantes, probablemente, implicó que no hubiera suficientes ejemplares[4]. En otros casos, las novelas sentimentales en serie eran, al principio, apenas académicas y, en ocasiones, ni

superior, y consiente en ser gobernado a cambio de recibir protección razonable para su vida y sus bienes [...]" (168).

[3] Las traducciones respecto de las que no se cita autor son de mi autoría.

[4] Franklin J. Franco nos dice que *Enriquillo* fue "elevada desde el siglo pasado al nivel de lectura obligatoria en el sistema de escolaridad pública" (67). Pero, tiempo después, otras novelas nacionales lograron el mismo rango, una vez que los gobiernos contaron con recursos para la publicación masiva de trabajos que no fueran libros de texto (con frecuencia, trabajos de ciencia natural; filosofía; literatura, en general, selecciones de los clásicos latinos e historia). Al igual que en Estados Unidos, la literatura americana no adquirió de inmediato legitimidad académica. El primer libro de texto que documenta la historia sobre el tema, *Programa de Literatura española y de los estados hispano-americanos*, se encontraba en el curso de Calixto Oyuela, de 1884, para el cuarto año del Colegio Nacional de la Capital, en Argentina. En la página 16, la novela *Amalia*, de José Mármol, figura, junto con el poema gauchesco *La cautiva*, de Esteban Echeverría. Pero la literatura, como parte de la educación patriótica, recibía apoyo de parte de Ricardo Rojas en *La restauración nacionalista* (1909). En México, las primeras carreras universitarias de literatura se inauguraron en 1912, con el comienzo de la revolución (antipositivista). Véase Reyes, 214. Hacia 1933, las lecturas obligatorias habían sido, durante algún tiempo, las obras de Ignacio Altamirano, Fernández Lizardi, Manuel Payno, Justo Sierra, entre otros (*Programas,* 54). Chile cuenta con un análogo documentado en la enseñanza de la historia nacional. Es el postergado culto de Arturo Prat, el héroe de la Guerra del Pacífico, en 1879. Iván Jaksic me planteó la hipótesis de que Martín Rivas era, tal vez, solicitado por los mismos líderes y educadores nacionalistas que respondían a las exigen-

siquiera buena literatura, a juzgar por su exclusión de las primeras tradiciones históricas literarias nacionales, que esperaban consolidar una tradición "progresiva-conservadora" a través de la poesía[5]. Las tradiciones históricas omitieron las expresiones más útiles de las consolidaciones oximorónicas: los romances que celebraban o predicaban una identificación entre la nación y su Estado[6]. Las lecturas obligatorias vinieron varias generaciones después; el momento preciso y las circunstancias de su obligatoriedad, en cada país, son cuestiones que ameritan un estudio aparte[7]. Pero, en general, podemos presumir que, luego de que las renovadas oposiciones internas privaran al Estado existente de la imagen de una nación ideal (de la misma forma en que un enmascarado se arrancaría su antifaz), luego de que el nacionalismo pudiera

cias cívicas durante la depresión –y delante de las ideologías extranjeras– mediante la institucionalización del heroísmo de Prat, convirtiéndolo en un modelo de mucho trabajo y reconciliación nacional. Véase Sater.

[5] Dado que escribieron en el mismo momento (mitad de siglo) que los autores de novelas y, en general, con el mismo impulso legítimo, los autores de estas primeras narraciones nacionales tenían credenciales políticas comparables con la de los novelistas, pero satisfacían los criterios más clásicos. Los historiadores de la literatura seleccionaron un tipo de prehistoria de elite para la consolidación progresiva y conservadora que estabilizaba los nuevos estados (González Stephan, 159, 193). La mayor parte de los historiadores literarios contaba con riguroso entrenamiento religioso, y algunos habían estudiado el seminario católico. Tomaron prestadas normas estéticas de Aristóteles, Nicolás Boileau e Ignacio de Luzán, y trabajaron en partidos políticos como abogados, profesores universitarios o decanos; la mayor parte estaba conformada por senadores, diputados, ministros o diplomáticos. Con frecuencia, el proyecto era más una expresión de deseos que una concreción, dado que los nuevos países, tan resistentes a su pasado colonial, tenían poca literatura sobre la cual explayarse. Brasil era la excepción.

[6] También se excluyen de las primeras narraciones literarias las literaturas indígenas, la literatura hispánica oral, numerosas crónicas y diversas formas híbridas (Gonzáles Stephan, 191-192).

[7] En previsión a dicha sociología de la literatura, una forma de leer la historia de la institucionalización es sintomáticamente, a partir del registro de publicaciones. Agradezco a Antonio Cornejo Polar por su sugerencia, y a Ludwig Lauerhaus, de la biblioteca de la Universidad de California, Los Ángeles, por confirmar la corazonada. Ese registro es exiguo hasta las décadas de 1920 y 1930, cuando grandes ediciones se siguieron unas a otras casi anualmente. En los asientos, de inocultada irregularidad, de *The National Union Catalog Pre-1956 Imprints* (*Catálogo de la Unión Nacional de Publicaciones Anteriores a 1956*), aparecen varias ediciones de *Amalia* antes de la década de 1930 (más en Europa que en Buenos Aires, y dos ediciones para alumnos americanos, con notas y ejercicios). Pero desde 1930, Sopena –primero, en Barcelona; luego, en Buenos Aires– comienza a reimprimir cada dos o tres años, aun en esta incompleta lista. Editores simultáneos de *Amalia* son: Espasa-Calpe (en Madrid y en Buenos Aires) y Estrada. *El zarco*, de Altamirano (otro favorito de los maestros americanos de castellano, como eran, sin duda, casi todas estas novelas nacionales), apareció en 1901 y ostenta tres ediciones en esta lista hasta 1940. En la década siguiente, Espasa-Calpe la reimprimió cuatro veces, acompañada por la Editora Nacional de México, en 1951. *Tabaré*, de Zorrilla de San Martín, para dar sólo un ejemplo más del *Catálogo*, ha tenido una llamativa cantidad de reimpresiones y ediciones a lo largo del tiempo, sobre todo desde la década del veinte (hay dos páginas completas en el catálogo respecto de esta obra). Y *Martín Rivas*, de Blest Gana, parece

entenderse como un movimiento político contra el Estado (definición general de Breuilly), las novelas del siglo XIX ofrecieron un camino para que los estados ocultaran la brecha existente entre el poder y el deseo. Los libros, de inmediata seducción sobre los lectores de elite, cuyos deseos privados se superponían con las instituciones públicas, podrían reinscribir, para cada ciudadano futuro, los deseos fundacionales (naturales e irresistibles) del gobierno que se encontrara al poder.

El erotismo y la política vienen de la mano –en las escuelas, nada menos– en prácticamente toda América Latina. Una novela en particular puede ser consagrada, en su tradición nacional, como autóctona, característica y, en cierta forma, inimitable; sin embargo, cada acto amoroso comparte mucho más que su jerarquía institucional con las demás. Las semejanzas pueden ser sintomáticas de la paradoja general del nacionalismo; es decir, los rasgos culturales que parecen singulares y merecedores de (auto)celebración patriótica son, con frecuencia, típicos, también, de otras naciones y hasta modelados a imagen y semejanza de los modelos foráneos[8]. Casi al igual que la intimidad sexual, esa que parece ser más privada es la que resulta ser de embarazoso público conocimiento[9]. Una variedad de planes partisanos parecerían sobrecargar cualquier estructura hasta el punto de destruirla. Leídas cada una en sí misma, las ficciones fundacionales son, en verdad, diferentes; algunas aceptan el racismo; otras abogan en favor del abolicionismo; algunas veces defienden el comercio libre y otras sostienen el proteccionismo. A continuación, se presenta un panorama general muy breve.

En *Amalia* (1851), de José Mármol, la oposición de la civilización blanca respecto del barbarismo de los negros se presenta como cuestión amorosa de elite entre un muchacho de Buenos Aires y una chica de provincia, una alianza ganadora contra las fuerzas oscuras. El *Martín Rivas* chileno mitiga las oposiciones de clase a la vez que las regionales entre los mineros del norte y los banqueros del sur. Pero la mitigación depende de un cambio más radical en las trágicas novelas cubanas, escritas antes de la independencia y movidas por la esperanza, quizá, de exhortar a los ejércitos multicolores a obtenerla. *Sab*, por Gertrudis Gómez de Avellaneda (1841), trata sobre un hombre proveniente de una amalgama racial, desesperado por obtener el amor y la legitimación de su amante criolla, que está embobada con un rubio caballero inglés. Al llegar a *Cecilia Valdés* (1882), de Cirilo Villaverde, la frustración es

haber sido lectura habitual desde temprano (tanto para los estudiantes chilenos como para los estadounidenses, gracias a la edición de Heath). Jorge Román-Lagunas demuestra que, durante el siglo XIX, la novela tuvo cinco ediciones; en el siglo XX, hacia 1980, ya contaba treinta (623).

[8] "La exigencia de erigir una nación-estado con muchas de las características de otras naciones-estado parece difícil de conciliar con la justificación de que una nación singular necesita su propia forma especial de independencia" (Breuilly, 342).

[9] González Stephan señala repetidamente (por ejemplo, 184) esta contradicción ante los

endémica para un sistema de codificación por color imperante en Cuba y que los amantes jamás desaprenden. Las relaciones intrarraciales también son trágicas en *Aves sin nido* (1889), de Clorinda Matto de Turner, esta vez entre indígenas peruanos y blancos, mientras que en *El zarco* (1888), de Ignacio Manuel Altamirano, se promete la regeneración nacional a través de un indígena que aprende a amar a su admiradora mestiza durante los mismos años en que los mexicanos aprendían a admirar a su presidente indígena, Benito Juárez. Y si bien el color jamás parece ser una cuestión de importancia en *María* (1867), de Jorge Isaacs, la novela de mayor aceptación de la América Latina del siglo XIX, el disturbio racial eclosiona en el paraíso de los cultivadores colombianos a través del trémulo cuerpo de la originalmente judía María, doblemente maldita por representar no sólo la plantocracia incestuosa sino, también, a los negros, imposibles de asimilar. En la brasileña *O guaraní* (1857), de José de Alencar, los esclavos negros son retratados por un amoroso indígena cuya amante, finalmente, le corresponde, mientras que en *Iracema* (1865), también de Alencar, la pasión de la virginal india tupí por un portugués engendra al primer brasileño, que es, a la vez, tupí y no tupí. De forma parecida, *Enriquillo* reemplaza a negros belígeros por nativos amantes de la paz y extintos desde antiguo.

Como solución retórica a las crisis reflejadas en estas novelas (y naciones), el mestizaje es, con frecuencia, la institución de la que se echa mano para subsumir al sector primitivo o bárbaro en flirteos signados por el color entre liberales criollos y conservadores criollos. Los romances brasileños son ejemplos de esta afirmación, al igual que el ecuatoriano *Cumandá* (1887), de Juan León Mera, en el que se descubre que la heroína indígena es la hija perdida del misionero, y de la uruguaya *Tabaré* (1888), de Juan Zorrilla de San Martín, que aniquila al heroico mestizo (tal vez, asociado con un Brasil imperializante) para que la civilización hispánica pueda prevalecer. Con la venezolana *Doña Bárbara* (1929), de Rómulo Gallegos, el padre autoritario, que se había hecho a un lado durante los cortejos del siglo XIX, toma, de nuevo, un rol preponderante. Venezuela no parecía estar lista para la conciliación pero tampoco lo bastante desesperada como para conceder la soberanía a un indígena Enriquillo. En lugar de eso, la novela antiimperialista consagra como héroe a un aprendiz de una vampiresa mestiza, a quien él reemplazará una vez que se case con la hija de ésta.

¿Existen bases comunes en la integración vertical de Chile, la integración racial de Cuba, las campañas en clave de color cutáneo de Argentina, el idilio retrógrada de Colombia, el paternalismo jesuítico de Ecuador y las incursiones de vampiresas de Venezuela? Sí, comparten la lógica descabellada del amor mediado y exaltado a través del patriotismo. Leídas en su conjunto, las novelas producen un palimpsesto que no surge de sus diferencias históricas

ni políticas sino de su proyecto común de reconciliar sectores nacionales, que se proyectan como amores destinados a desearse mutuamente. Bien sea que los argumentos tengan un final feliz o no, las historias son, todas, sobre el amor. Las relaciones amorosas apasionadas y heterosexuales son lo que animaba a los protagonistas imaginarios y a sus lectores de carne y hueso en países que clamaban por legitimidad a través de la naturaleza y se rebelaban contra España y Portugal. Las nuevas naciones seguían teniendo sus luchas intestinas (con frecuencia, entre centralistas y federalistas) a lo largo de todo el siglo XIX.

Mientras tanto, salían extensas novelas en forma de folletín, en los periódicos, y duraban el tiempo suficiente para que los lectores se fueran acostumbrando a los sentimientos novelescos de pertenencia y ciudadanía. Fueron escritas por los próceres constructores de naciones (generales, futuros presidentes, legisladores) durante las treguas de las guerras civiles o una vez que la paz prometía restablecerse de los daños. Las novelas apelaban a los ciudadanos virtuales a dejar de pelear y a convertirse en auténticos ciudadanos mediante la constitución de familias nacionales. "Hagan el amor y no la guerra" era el (a veces) explícito eslogan de la legislación y de la literatura. El autor de la Constitución Argentina de 1853, Juan Bautista Alberdi, no se detuvo ante los eslóganes. Por el contrario, los glosó con programas prácticos para incrementar la población, no sólo a través de las políticas inmigratorias por las cuales se lo recuerda sino, también, merced a matrimonios entre trabajadores anglosajones y el ejército de hermosas mujeres argentinas, destacadamente equipadas para la campaña eugenésica de mejorar la provisión española local e "ineficiente". Durante los veinte años de este celestinaje, conforme persuadía a los Josués de la independencia para que, blandiendo espadas, midieran sus herramientas contra los arados de Isaías, los novelistas también devenían en algo distinto: el valor se hacía sentimentalismo; la épica, romance; el héroe, un esposo. Esta re-forma ayudó a resolver el problema de afirmar la legitimidad del hombre blanco en el Nuevo Mundo, ahora que los conquistadores ilegítimos habían sido echados. Sin una genealogía adecuada para arraigarlos a la tierra, los criollos tenían que crear derechos conyugales y, luego, de paternidad a través de una afirmación generativa más que genealógica. Era preciso que se ganaran el corazón y el cuerpo de América para que los padres pudieran fundarla y reproducirse como hombres cultos. Para ser legítimo, el amor tenía que ser mutuo; aun si los padres fijaban el parámetro, las madres tenían que corresponderles[10].

próceres nacionales pertenecientes a la elite, en el siglo XIX; dado que ellos pertenecían a la elite, imitaban a Europa; y dado que eran fundadores de naciones americanas, celebraban sus entornos premodernos.

[10] El militarismo insobornable y heroico que expulsó a España desde gran parte del continente americano era, en ese momento, una amenaza a su desarrollo. Entonces, se necesitaban

Las novelas eran manuales de entrenamiento que abarcaban, con toda intención, largos periodos para desalentar al público, poco a poco, de las pasiones infructuosas y, luego, acelerar el pulso del deseo productivo. Un argumento típico comienza con un gancho erótico fácil para los lectores convencionales. Pero, luego, la narración desanda esos enredos aristocráticos para seguir el hilo de nuevas y liberales pasiones, más allá de las homicidas diferencias de clase, región y raza. Un objeto puro de deseo desplaza la fantasía corrupta. Por ejemplo: el héroe indígena de *El zarco* sufre por una implacable rubia antes de que la heroína mestiza vuelva su cabeza; el elitista novio de Amalia aprende de un doble agente a ser un poco más flexible, a fin de sobrevivir en Argentina; la cubana Carlota se da cuenta, demasiado tarde, de que desperdició su pasión en un inglés cuando el mulato Sab era su amante ideal; y la altanera heredera chilena desprecia tan a menudo a Martín Rivas que casi lo pierde.

Su capitulación última, como vimos en el párrafo anterior, exaspera al hermano y lo hace peculiar, en ambos sentidos de la palabra: sagaz y ridículo. El hecho de que se ofenda por la simplicidad y la clara vulgaridad de un cortejo cómodo evita que se transforme en un héroe. Los héroes ni se sorprenden ni se avergüenzan de la simplicidad. La elite liberal –los lectores ideales– evidentemente apreciaban la economía de reducir el amor y el dinero a sólo la primera fuerza natural. En toda América Latina, la ciudadanía activa comenzaba a comprender el deseo personal como motor tanto de proyectos pasionales como patrióticos. Movilizó la modernidad, a manera de acicate para la acumulación capitalista y como nombre natural y sin afectaciones del amor (entre sexos opuestos y sectores nacionales opuestos). El deseo es el sentimiento intensamente personal que hace que ciudadanos distintos se arriesguen a formar uniones íntimas. No había pudor en la celebración del deseo. Las convenciones del Viejo Mundo que distinguían entre la pasión ilícita y la productividad vulgar estaban fuera de lugar en América, el hemisferio que Hegel pensó como el hogar de la modernidad.

Es posible que los latinoamericanos que leían a Hegel se hayan sentido elogiados o confirmados en su misión de promover la modernidad. Al igual que él, ellos sabían que el amor era el cimiento para la ética, que comienza en

---

civilizadores, figuras fundadoras del comercio y la industria, no luchadores. Alberdi, cuyas notas para la Constitución Argentina de 1853 se convirtieron en la norma para la filosofía política en toda América Latina, escribió que "la gloria ha cedido su lugar a la utilidad y el confort, y el heroísmo militar no es el medio más competente para las *prosaicas* necesidades del comercio y la industria" (como si dijera que la prosa de la ficción nacional debería, entonces, reemplazar el grandilocuente verso épico; 92; las itálicas son mías). Alberdi y Domingo F. Sarmiento (el prócer más renombrado de Argentina) estuvo de acuerdo, como no podía ser de otra forma, con la necesidad de llenar el desierto y de hacerlo desaparecer. ¿Qué sentido había en reducir heroicamente cuerpos calientes a cadáveres, cuando Alberdi afirmó

la unidad familiar, donde los miembros subordinan sus propios intereses a los demás miembros mediante sentimientos de amor[11]. Pero habrían notado con cuánta rapidez pasó Hegel de los lazos laterales a la jerarquía patriarcal, en la que las mujeres se someten a sus hombres de propia voluntad. Los novelistas eran más pacientes; se tomaban su tiempo para poner en escena las tensiones laterales del deseo mutuo, pese a que estuvieran de acuerdo con que las familias debían ser sistemas de gobierno en miniatura, naturalmente encabezados por los padres, como hegemonías de ciudadanos activos y favorecedores bien dispuestos. Tanto es así que *Martín Rivas* tiene un final feliz cuando la voluntariosa heroína se casa con Martín y se convierte en un ángel rendido a sus pies. Pero ella sólo lo hace al final de quinientas páginas que despliegan todos sus esfuerzos para que los amantes se unan. Es el ámbito del deseo recíproco –desarrollado entre amantes tan ideales como tímidos a lo largo de prolongadas páginas y muchos meses de entregas en el periódico–, no el final de partida del sometimiento, que era promisorio para los patriotas. Ese matrimonio prometía una solución para la ruptura generada por la guerra civil. Sin presentar al dinero de familia y a los negocios arriesgados como oponentes de igual poder que se necesitan (las clases populares solventaban sólo al héroe emprendedor, es cierto), la narración nacional chilena no podría funcionar. El deseo es la energía que empuja a los héroes uno hacia el otro y, luego, los mantiene unidos mediante contratos (inclusive, contratos matrimoniales). El deseo es el dinamismo supuesto por el *laissez-faire*, un eslogan para hacer el amor y dinero. Las largas y apasionadas novelas unían a héroes ideales con heroínas igualmente ideales, a pesar de las diferencias raciales, regionales y económicas que mantenían a sus países empantanados en conflictos premodernos. Gracias a su ardor, los amantes pugnaban por superar los obstáculos y mirar hacia la modernidad y, a través de ella, al propio tiempo, consolidar su nuevo país. Los sentimientos subjetivos personales podrían engendrar resultados nacionales objetivos, en las fantasías que motorizaron el propósito patriótico. Cuando se permite que los ciudadanos hagan a su capricho, en la ficción librepensadora y en la filosofía, se combinan en asociaciones productivas.

Evidentemente, el liberalismo de América Latina (y de otros lados) caló más hondo que el razonamiento económico; a menos, claro está, que la *economía* recupere su sentido original de relaciones internas y administración. El liberalismo, según sabemos por John Locke, Adam Smith y otros, incluye

---

que en América "gobernar es poblar" (107)? Pocos eslóganes han dejado una huella tan profunda como éste. "Cultiven la tierra y hagan progresar al país" decía. "Ellos han prosperado y, ahora, son los más amados y los que más trabajan".

[11] "Sin embargo, el amor es sentimiento; es decir, la vida ética en la forma de algo natural. [...] El amor, por lo tanto, es la contradicción más tremenda; el Entendimiento no puede resolverla dado que nada hay más tozudo que este punto de timidez que se niega y que, sin

una dimensión de gregarismo y comprensión. Los románticos latinoamericanos tomaron las libertades no ortodoxas para ampliar esa dimensión hacia el amor apasionado. Esa ampliación no les incumbía. El rigor filosófico era una molestia respecto de la cual, sin más, se podía fingir que no existía, a diferencia de las incomodidades materiales de las deudas de guerra, y los campos y minas arrasados, todo lo cual fomentaba el odio regional y racial. La voluntad de reparar el daño era, por supuesto, razonable, y los representantes de la modernidad lo apreciaban. Pero la energía que se necesitaba para repararlo parecía encontrarse más allá de toda esperanza razonable en países donde las elites estaban acostumbradas a exigir sumisión más que a ganarla merced a acuerdos hegemónicos. El amor era esa energía, irracional y benevolente, como el resto de la naturaleza creada por Dios.

Las sexualidades imaginarias y las comunidades históricas

El erotismo y el nacionalismo se convierten en figuras mutuas en las ficciones modernizadoras mediante un juego literario de prestidigitación invisible que legitima la pasión heterosexual en el patriotismo y, recíprocamente, legitima los estados hegemónicos en el deseo sexual. Aquí, yo considero que esas fuerzas no hacen más que sugerir la cuestión de la alegoría recíproca, lo cual afirmo en otro escrito ("Allegory"). En pocas palabras, Eros y Polis se toman el uno al otro como terreno estable de su narrativa. Uno representa al otro y lo anima. La pasión no correspondida de la historia de amor produce un superávit de energía, tal como Rousseau sugirió que sucedería[12], superávit éste del que se puede esperar que supere la interferencia política entre los amantes. La enormidad del abuso social insufla en la historia de amor una idea de propósito casi sublime. Conforme avanza la narración, el tono de la sensiblería se eleva junto con el grito de compromiso, hasta que el griterío lo hace aún más difícil de distinguir entre nuestras fantasías eróticas y las políticas.

Lo que me parece ingenioso y brillante sobre esta productividad de la novela es que una inversión libidinal dobla la apuesta para la siguiente. Cada obstáculo con que los amantes se tropiezan agigantan algo más que su mutuo deseo de (ser una) pareja, más que nuestra pasión voyeurista pero sentida; también potencia el amor de ellos y el nuestro por la posible nación en la cual puede consumarse el amorío. Los dos niveles de deseo son diferentes, lo cual nos permite hacer un comentario sobre la estructura alegórica, pero no están escindidos[13]. El deseo serpentea entre la persona y la familia pública en una

---

embargo, debería considerar como sustentador. El amor es, a la vez, la propuesta y la resolución de esta contradicción. Como la resolución de ella, el amor es la unidad de un tipo ético" (261-62).

forma que muestra que los términos son contiguos, sucesivos y no meramente análogos. Y el deseo sigue serpeando, o sólo se duplica a niveles personales y políticos, porque los obstáculos con que tropieza amenazan a ambos niveles de felicidad.

Desde nuestra distancia histórica, el amor romántico y el patriotismo pueden parecer naturales, si bien sabemos que se producen, tal vez, gracias a las novelas que lo (re)presentan. Reconocer esta posibilidad es, también, preguntarse si lo que pasó como efecto de la cultura mayor de la novela (el amor romántico o el nacionalismo conciliatorio) puede haber sido, en realidad, causa de esa cultura. Si los héroes y las heroínas de las novelas latinoamericanas se deseaban con pasión y, para ello, vulneraban las líneas tradicionales y desearon el nuevo Estado que los uniría, no repitieron afectos eternos o esenciales. Esas pasiones no habrían prosperado tiempo atrás. En realidad, los amantes modernizantes aprendían cómo soñar sus fantasías eróticas a través de las lecturas de frustrantes narraciones europeas que ellos deseaban mejorar.

Si la pertinencia de la ficción europea para los fundadores de América Latina se leyera hacia atrás (en un reflejo sugerido por Benedict Anderson, que considera que las naciones europeas imitan a las americanas), esto indica una intersección cultural que apunta en ambos sentidos. Por lo tanto, mis un tanto provincianas observaciones sobre un momento y género particulares de América Latina me tientan a aventurar algunas conjeturas más generales. ¿Es posible, por ejemplo, que la pasión política externa latinoamericana esté fundada en el erotismo? ¿Se ha convertido el deseo sexual como forma de taquigrafía de la asociación humana en "la explicación de todo", como lo dijo Foucault (78)? Tal afirmación es apenas hiperbólica o hasta original. Hacia 1865, en Inglaterra, la influyente obra *Primitive Marriage* de John McLean consideraba que "la atracción sexual es el principio subyacente de todas las formaciones sociales", con lo cual estaba de acuerdo con otros textos tempranos de antropología cultural, incluidos los de Herbert Spencer, que serían tan populares entre los positivistas latinoamericanos (Levy, 75). Por otro lado, si no había inversión erótica ni sentimental en el Estado, si nuestras identidades como sujetos modernos y sexualmente definidos no tomaran el Estado para ser un objeto primario y, por lo tanto, la contrapartida de la cual dependen nuestras identidades, ¿qué podría explicar nuestra pasión por la patria[14]? ¿Es,

---

[12] Debo este polémico comentario a Jean Bethke Elhstein.

[13] Catherine Gallagher desarrolla una doble lectura similar. Agradezco a Marshall Brown por advertirme de la existencia de dicho libro.

[14] La pasión patriótica tiene, como es evidente, una larga historia, que Ernst H. Kantorowicz habilidosamente ubica como una re-conquista progresiva del patriotismo clásico. Esquemáticamente, se puede sintetizar la progresión de la siguiente forma: en la Edad Media temprana, se negó una patria terrenal; luego, se la parangonó con Jerusalén (Francia es el principal ejemplo de Kantorowicz); el cuerpo místico de la Iglesia se trocó en la sociedad anónima del estado;

además, posible que las historias románticas sean sinécdoques del matrimonio entre Eros y Polis que tenía lugar bajo el amplio baldaquino de la cultura occidental? Dudo al decir "cultura burguesa" porque es tanto el hijo como el hacedor de la pareja. La obra de Nancy Armstrong sobre la ficción nacional como constitutiva de la sociedad burguesa en Inglaterra[15] es sugerente para América Latina, donde, junto con constituciones y códigos civiles, las novelas ayudaron a legislar las costumbres modernas. Pero, a diferencia de los libros ingleses, que privilegiaban la domesticidad femenina al desvincularla de la masculina política, las novelas latinoamericanas aprovechaban la maraña para generar un seguro nudo de hombres sentimentalizados.

Las amplias posibilidades que sugiero para la lectura de estas novelas no son una (mera) insinuación de que los latinoamericanos podrían tener algo no específico que enseñar. Vale la pena señalar una coincidencia entre *The History of Sexuality* (*Historia de la sexualidad*), de Foucault, e *Imagined Communities* (*Comunidades imaginarias*), de Anderson. La heterosexualidad normal y el patriotismo republicano se desarrollaron al mismo tiempo, si bien ninguna de dichas obras parece interesada en el proyecto de la otra.

Foucault es casi indiferente a la más abierta exhibición de sexualidad burguesa –la variedad conyugal legítima, sin la cual no podría haber diferencia perversa–, indiferente como es al género exitoso del discurso de la burguesía, novelas que tanto contribuyeron a la construcción de la hegemonía heterosexual en la cultura burguesa[16]. Defiende este silencio diciendo que la heterosexualidad era discreta y decorosa (38). Sin embargo, a partir de la preocupación de madres y médicos, sabemos que era escandalosamente exhibicionista. En el siglo XIX, todo el mundo leía las historias prohibidas; y ésta es una razón que utilizó Altamirano (entre muchos otros) para sus proyectos patrióticos. "Las novelas son, sin duda, el género que le gusta más al público", según escribió en 1868; "son el artificio a través del cual los mejores pensadores de la actualidad llegan a las masas con doctrinas e ideas que, de otro modo, sería difícil inculcar" (17).

El obvio y público discurso de amor conyugal "normal" debe haber tenido un enorme atractivo para haber mantenido en vigor todos los discursos patologizantes. ¿Qué cuerpo monumental alardeó de este tipo de sexo público? Sólo uno fue lo bastante inclusivo e inseguro para solicitar despliegues públicos de ardor: el tenuemente erigido Estado antimonárquico, que necesitó

el aspecto societario fue entendido como el cuerpo de la nación con el rey a la cabeza y, finalmente, el rey era dejado de lado. Pero, en el regreso moderno, la antigua patria (ciudad, polis) fue sustituida por la idea de nación inclusiva tal como se desarrolló durante la Edad Media.

[15] "En lugar de ver el ascenso de la nueva clase media en lo atinente a los cambios económicos que solidificaron su poder sobre la cultura", ella "muestra que la formación del moderno estado político –al menos, en Inglaterra– se logró, en gran medida, a través de la hegemonía de la cultura", fundamentalmente a través de la novela nacional (9).

de un discurso autolegitimante y encontró uno en el deseo erótico. El amor sexual fue *el* tropo de la conducta asociativa, de las irrestrictas relaciones de mercado y de la naturaleza en general. ¿Es concebible que el Estado obtuviera parte de su poder de sus atracciones positivas como garante (u oferente) de derechos, servicios y orgullo nacional y que, al igual que algún amante celoso, el Estado castigara la deslealtad?

Para Anderson, el nacionalismo es un lazo afectivo; no está "alineado" con ideologías abstractas sino místicamente accidentado por los sistemas religiosos culturales "fuera de los cuales –y contra los cuales– nació" (19). La integridad y la inflexible visibilidad de los estados modernos –que eran, al mismo tiempo, particulares y que proliferaron en forma universal en Occidente– nos trae a la mente un tipo diferente de cuerpo que se construye simultáneamente. Mientras las naciones tomaban cuerpo, sus fronteras se dibujaban con meticulosidad y se territorializaban sus recursos, lo mismo sucedía con los cuerpos sexuales que llaman la atención de Foucault. Éste comprende que su proyecto es una "historia de cuerpos" (152), tanto como el de Anderson es un estudio de los cuerpos nacionales. Como si cada uno de ellos hubiera dado por sentado que el discurso del otro era su propio arraigo estable, Foucault dibuja cuerpos sexuales como sitios de producción nacional y vigilancia gubernamental, mientras Anderson se maravilla por el apego libidinal que tenemos hacia los cuerpos políticos. Se recuerda al siglo XVIII no sólo por un sexo racionalizante (Foucault, 23-24) sino, también, por trazar mapas como el conocimiento (¿o lugar, también?) del deseo. Con todo, Foucault no se pregunta acerca de cómo se engendra una nación, y Anderson no menciona que los contornos definidos de los nuevos cuerpos (nacionales) los hizo los objetos del posesivo deseo burgués.

Anderson valora la novela, como el periódico, por su sincronicidad, su unidad horizontal y democratizante de tiempo, más que por el deseo que adelanta los plazos. Se consolidaban comunidades editoras porque todos leían las mismas noticias pero, también, porque los lectores o bien se reían o bien (por lo general) jadeaban o lloraban por la misma entrega del folletín. Si Anderson se hubiera mantenido fiel a su ejemplo de homogeneidad del tiempo, la "reunión social" con que se inicia la novela nacional filipina de José Rizal, *Noli me tangere*, el tiempo habría mostrado su impulso progresista en la fiesta. Allí, el aburrido protagonista se convierte en un dinámico héroe una vez que abandona el círculo de hombres y se dirige hacia la heroína:

> La sala está casi llena de personas; los hombres se separaban de las mujeres, como en las iglesias católicas y en las sinagogas. [...] El joven se encontró solo en el medio de la sala: el propietario de la casa había desaparecido y no encontró nadie que lo presentara a las damitas, muchas de las cuales lo miraban con interés. Luego de dudar unos segun-

> dos, se dirigió a ellas con su gracia sencilla y natural. Les dijo: "Permítanme soslayar las estrictas reglas de la etiqueta. Estuve ausente de mi país durante siete años y, al volver, no puedo evitar saludar a su más precioso adorno: sus mujeres".
>
> (Rizal, 14)

Por supuesto, las alegorías apelaban a cierto principio legitimador. Al ser una justificación de proyectos modernos y antiautoritarios, ese principio era, con frecuencia, la naturaleza, que había sido convenientemente redefinida desde los días de iluminada independencia como interactiva más que jerárquica. Si el deseo erótico parecía el basamento natural y, por ende, eterno de los matrimonios felices y productivos (incluidas las familias nacionales, por extensión), fue gracias a esta redefinición. La naturaleza ya no era el espacio clásico de la ley predecible sino una escena de cambio donde la energía podría encontrar obstáculos y trocar la frustración en exceso. El mundo producía, entonces, ángeles y monstruos, no mecanismos de relojería. Las alegorías, por momentos, eran forzadas. Por un lado, la elite escritora aborrecía tener que abandonar sus privilegios jerárquicos a manos de proyectos conciliatorios; por otro lado, los personajes, a veces, excedían o, de algún modo, omitían notar un significado idealmente asignado.

Pero, pese a sus fallas parciales, la alegoría resultaba de increíble éxito. El romance a dos puntas ayudaba, a menudo, a dar expresión cognitiva y anclaje emotivo a las formaciones sociales y políticas que articulaba. Los romances históricos se transformaron en novelas nacionales en sus países. El término *novela nacional* se refiere no tanto a su popularidad en el mercado (si bien algunas de esas novelas eran aceptadas de inmediato) sino, más bien, a que se convirtieron en lectura obligada en las primeras décadas del siglo XX. Tal vez su promesa de un abrazo nacionalizante fue en particular atractivo luego de que la inmigración masiva en algunos países pareció amenazar el núcleo cultural y luego de que los regímenes latinoamericanos decidieran sobre planes patrióticos para el desarrollo económico y cívico como respuesta a la depresión y a las ideologías foráneas competidoras. Estos estados, en otras palabras, aceptaron tácitamente las novelas escritas "de compromiso" del siglo XIX como ficciones fundacionales que tramaron el deseo de lograr un gobierno con autoridad a partir del aparentemente material en crudo del amor erótico.

Algunos buscan diferenciarse

Foundational Fictions: The National Romances of Latin America (*Ficciones fundacionales: los romances nacionales de América Latina*) (1991) fue mi esfuerzo por formular y rastrear las alegorías conforme éstas subían

de tono en una espiral de erotismo y política. Ser un lector ideal de estas narraciones implica dejarse atrapar por ellas como observador participante de los asuntos amorosos. La identificación con los amantes frustrados cuya unión podría engendrar el Estado moderno era el efecto deseado sobre la tenue ciudadanía de los recientemente consolidados países. Era un "efecto espejo", de los amantes de la elite a toda la gama de lectores, una negación de la diferencia en cada abrazo obligatorio de la educación pública. Mi proyecto, en otras palabras, fue el de explorar cimientos en sus propios términos ideales, utilizando una teoría que conjugaba las comunidades imaginarias con sueños de amor.

Pero algunos libros buscan diferenciarse de sus lectores, como dolorosamente me di cuenta. Los textos particularistas señalarían las distorsiones del dejarse atrapar y del "efecto espejo", si aprendiéramos a leer las señales. El aprendizaje adoptará el cambio de paradigma, porque los lectores modernos están, por lo general, poco preparados para reconocer el rechazo literario. *Proceed with Caution, When Engaged by Minority Writing in the Americas* (*Avance con precaución cuando acometa escritos minoritarios en el continente americano*) (1999) es mi intento de formular un programa de capacitación a través de relecturas de libros básicos (de Walt Whitman, Toni Morrison, Rigoberta Menchú, Cirilo Villaverde, Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa y otros). Esa capacitación lleva tiempo, porque los tropos de la indisponibilidad han resultado, como es evidente, ser poco interesantes. En el círculo vicioso hermenéutico de la familiaridad y la predecibilidad, las inesperadas lecciones que podrían darnos esos textos son difíciles de leer. ¿Cómo pueden los libros enseñar a leer con efectividad, si hemos aprendido sólo a superar sus lecciones? Con el tono más circunspecto que hemos adoptado, con la Nueva Crítica y, luego, con la deconstrucción (véase Milloux, 43, sobre Stanley Fish) no podemos vencer esa ambigüedad. Pero, ¿y una distancia ética respecto del objeto de deseo? ¿Una legítima ignorancia? ¿Carteles de "No pasar" que alienten avances cautos? Todavía tenemos que reconocer esos alicientes que, a propósito, desean desalentarnos.

Mi consejo es tener cuidado con algunos libros, porque pueden herir a los lectores que se acercan a un texto, prácticamente cualquier texto, con la intimidad conspiratoria de un compañero potencial y que se siente privilegiado de saberlo todo sobre él. Los lectores dados a la comprensión pueden descuidar un compromiso diferente al que accederían respecto de una lectura obligatoria. La bofetada de frustrada intimidad dada por un libro poco acogedor puede desalentar al lector, detenerlo en una frontera sita entre el contacto y la conquista, antes de que presione al escrito particularista a entregar su diferencia cultural en bien del significado universal. La familiaridad del universalismo es una medida del valor literario, mientras que su concepto

conexo, el particularismo, es extraño a la crítica contemporánea[17], muestra cuán unívoca ha sido la interpretación unívoca, aun cuando leemos textos para las minorías. Si el aprendizaje hace que la distancia entre escritores y lectores parezca superficial o circunstancial, una mera interferencia en la vía del entendimiento, los escritos particularistas ponen en marcha las circunstancias y colocan nuevas señales de alto en el camino. Esas señales pasan inadvertidas y no tienen nombres retóricos, porque el estudio de la retórica ha tomado, por lo general, una continuidad cultural entre el orador y el público, el escritor y el lector (véase, por ejemplo, Lanham).

Nombrar algunas figuras de discontinuidad es uno de los objetivos de *Proceed with Caution*, con la idea de aportar a una retórica del particularismo que apreciará maniobras astutas para marcar las distancias culturales. Una comprensión situada en un lugar diferente y, en consecuencia, limitado, es una novedad sólo para los que confunden su particularidad con universalidad. Los lectores bien intencionados que esperan superar los límites mediante la empatía y el aprendizaje, sin saberlo, violentan la diferencia al vencerla. Sin límites, el escritor y el lector son, en última instancia, redundantes. Con uno de ellos, basta y sobra. La crítica literaria de la actualidad apenas se ofende por la disminución de autores, porque los lectores los hacen desaparecer. La disminución también engaña a los lectores; les roba la particularidad estética, el encanto o mordacidad especial de algunos libros. Los experimentos formales y la emoción estética de la maraña seductora y defensiva del particularismo con el universalismo se perdieron por lectores que no esperan encontrarlos. Pero la discontinuidad abre el espacio entre cada una de las narraciones, como una bofetada que detiene un abrazo, en la analogía de Toni Morrison entre la música y el ritmo de su escritura. La discontinuidad es una síncopa de la comunicación, y aumenta el placer del siguiente abrazo con el patetismo de su dependencia respecto de un otro anónimo. No es necesario que las clases de lectura incluyan estas señales de alto; de lo contrario, seguiremos soñando con romances asimétricos y deseando que no existan los distintos; es decir, perder oportunidades de placer literario y de confrontaciones extraliterarias en una esfera pública. ¿Se presentan, necesariamente, diálogos difíciles a partir de una educación que combina historias conflictivas y comprensión universal? Aprender a leer para encontrar diferencias constituidas a partir de la historia es casi una obligación cívica, así como un buen consejo a los lectores que despiertan del sueño del romance.

---

[16] D. A. Miller señala que "tal vez la reticencia más notable en la obra de Foucault tiene que ver, precisamente, con la lectura de textos literarios y con las instituciones literarias", como si no pudieran tener la categoría de objetos de análisis (vidal).

[17] *Particularismo* es una palabra que tomé prestada de los historiadores para denominar el arraigo cultural en la experiencia y en las circunstancias. También fue el término preferido de la Nueva Crítica, pero para ellos significaba una originalidad inimitable puesta a disposición de la apreciación universal.

Obras citadas

Alberdi, Juan Bautista. "Las bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina". 1852, en Halperín Donghi, 84-111.

Altamirano, Ignacio M. "La literatura nacional". 1868, en *La literatura nacional.* Editado y prologado por José Luis Martínez. Escritores Mexicanos 52. México: Porrúa, 1949, 9-40.

Anderson, Benedict. *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (*Comunidades imaginarias: reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*). Londres: Verso, 1983.

Arendt, Hannah. *On Revolution* (*Acerca de la revolución*). Nueva York: Viking, 1963.

Armstrong, Nancy. *Desire and Domestic Fiction: A Political History of the Novel* (*Deseo y ficción nacional: una historia política de la novela*). Nueva York: Oxford U.P., 1987.

Blest Gana, Alberto. *Martín Rivas: novela de costumbres político-sociales.* Ed. Jaime Concha, Caracas: Ayacucho, 1977.

Breuilly, John. *Nationalism and the State* (*Nacionalismo y estado*). Chicago: U. of Chicago P, 1985.

Deleuze, Gilles y Félix Guattari. *Anti-Oedipus*. Trad. De Robert Hurley, Mark Seem y Helen Lane. Prefacio de Michel Foucault. Nueva York: Viking, 1977.

Foucault, Michel. *An Introduction* (*Introducción*). Trad. De Robert Hurley. Nueva York: Vintage, 1980. Vol. 1 de *The History of Sexuality* (*Historia de la sexualidad*).

Franco, Franklin J. *Trujillismo: génesis y rehabilitación*. Santo Domingo: Cultural Dominicana, 1971.

Gallagher, Catherine. *Industrial Transformations in the English Novel* (*Transformaciones industriales en la novela inglesa*). Chicago: U. of Chicago P., 1985.

González Stephan, Beatriz. *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX.* La Habana: Casa de las Américas, 1987.

Halperín Donghi, Tulio. *Proyecto y construcción de una nación: Argentina, 1846-1880.* Caracas: Ayacucho, 1980.

Hegel, G. W. F. *Philosophy of Right* (*Filosofía del derecho*). Trad. T. M. Knox. Londres: Oxford U.P., 1967.

Jaksic, Iván. Conversación personal. 20 de noviembre de 1999.

Kantorowicz, Ernst H. *"Pro Patria Mori* in Medieval Political Thought" ("*Pro patria mori* en el pensamiento político medieval"), en *Selected Studies* (*Estudios selectos*). Locust Valley: Augustin, 1965. 308-24.

Lanham, Richard A. *A Handlist of Rhetorical Terms* (*Lista de términos retóricos*). 2da. edición. Berkeley: U. of California P. 1991.

Levy, Anita. "Blood, Kinship, and Gender" ("Sangre, parentesco y género"), en *Genders,* 5 (1989). 70-85.

Mailloux, Steven. *Rhetorical Power* (*Poder retórico*). Ithaca: Cornell U.P., 1989.

Martí, José. *Obras completas.* Vol. 23. La Habana: Ciencias Sociales, 1975.

Miller, D.A. *The Novel and the Police* (*La novela y la policía*). Berkeley: U. of California P., 1988.

Morrison, Toni. "Unspeakable Things Unspoken: The Afro-American Presence in American Literature" ("Cosas de las que no se habla: la presencia afroamericana en la literatura americana"), en *Michigan Quarterly Review*, 28 (1989): 1-34.

Nietzsche, Friedrich Wilhelm. *The Will to Power* (*La voluntad de poder*). Trad. De Walter Kaufmann y R. J. Hollingdale. Nueva York: Random, 1967.

Oyuela, Calixto. *Programa de literatura española y de los estados hispanoamericanos.* Buenos Aires: Biedma, 1884.

Poovey, Mary. *A History of the Modern Fact* (*Historia de los hechos modernos*). Chicago: U. of Chicago P., 1998.

Programas detallados para las escuelas secundarias. México: Secretaría de Educación Pública, 1933.

Reyes, Alfonso. "Pasado inmediato". 1939, *Obras completas,* Vol. 12. México: Fondo de cultura Económica, 1960.

Rizal, José. *Noli me tangere.* Caracas: Ayacucho, 1976.

Rojas, Ricardo. *La restauración nacionalista.* 1909, Buenos Aires: Librería de la facultad, 1922.

Roman-Lagunas, Jorge. "Bibliografía anotada de y sobre Alberto Blest Gana", en *Revista Iberoamericana*, 112-13 (1980): 605-47.

Sater, William F. *The Heroic Image in Chile: Arturo Prat, Secular Saint* (*La imagen heroica en Chile: Arturo Prat, santo laico*). Berkeley: U. of California P., 1973.

Sommer, Doris. "Allegory and Dialectics: A Match Made in Romance" ("Alegoría y dialéctica: una pareja concretada en el romance"), en *Boundary 2*, 18.1 (1991): 60-82.

-------. *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America* (*Ficciones fundacionales: los romances nacionales de América Latina*). Berkeley: U. of California P., 1991.

-------. *Proceed with Caution, When Engaged by Minority Writing in the Americas* (*Avance con precaución cuando acometa escritos minoritarios en el continente americano*). Cambridge: Harvard U.P., 1999.